

SEÑORES EMPRESARIOS:

No dejen Vdes. de apuntar
la grandiosa película

ROGER LA HONTE

adaptación cinematográfica de la
famosa novela del eminente es-
critor francés JULES MARY, in-
terpretada por los célebres artistas

**G. SIGNORET y
RITA JOLIVET**

4 ÉPOCAS 4.500 METROS

PRODUCCIÓN:

DELAC ET VANDAL - PARÍS

CONCESIONARIOS:

EMPRESAS REUNIDAS S. A.
PASEO DE GRACIA, 56
BARCELONA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 1

25 cts.



**NO HAY
JUEGOS
CON EL AMOR**

por
**Constance
Talmadge**
FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO I

N.º 1

A MANERA DE PRÓLOGO:

Distinguidos lectores: Al presentar una nueva publicación junto á las numerosas que ya existen relacionadas con el arte mudo, hemos querido apartarnos de la norma seguida por todas ellas, guiados por una idea que se nos ha ocurrido después de investigar en los gustos del importante núcleo humano aficionado á aquél.

No nos ocuparemos más que del Arte propiamente dicho y por lo tanto dejaremos de lado la vida íntima de los artistas, esto es, todo cuanto nada tiene que ver con él.

Al obrar así respetaremos la iniciativa en ese sentido de nuestras compañeras que, antes que nosotros, han merecido el favor del público.

Nosotros no copiamos de nadie: somos originales é independientes.

Nuestro propósito es proporcionar á todos, sin distinción de grados de inteligencia, la lectura de interesantes novelitas basadas en películas de positivos méritos. Cada semana publicaremos una novela en estilo correcto, léxico sencillo é ideas claramente expuestas.

Pero lo más atractivo de nuestra empresa, sin que ello pueda pesar á nuestro amor propio de humildes escritores, será ciertamente la novedad consistente en una tarjeta-postal-fotografía de un ó una artista de la pantalla que irá incluida en cada novela semanal.

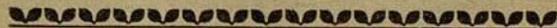
La colección de dichas fotografías constituirá una sorprendente galería artística cinematográfica.

Si nuestra idea es buena, no habremos perdido el tiempo y nuestros sacrificios habrán sido pocos.

De modo muy especial enviamos desde estas líneas un cordial saludo á todas nuestras desde hoy compañeras en el campo de la literatura y deseamos que la suerte esté con ellas y con nosotros.

LA DIRECCIÓN.

WITHEY, Chet



(LESSONS IN LOVE, 1921)

NO HAY JUEGOS CON EL AMOR

V EDICIÓN

Comedia cinematográfica escrita por John Emerson y Anita Loos, inspirada en la novela de Madelaine Buckland «EL TABLERO DE AJEDREZ».

REPARTO:

Nancy Flavell . . .	CONSTANCE TALMADGE
Su padre . . .	GEORGE FAWCETT
Su madre . . .	MATILDE BRUNDAGE
Su novio . . .	JACK RAIMOND
Gustavo Brooks .	KENNETH ARLAND
Su madre . . .	FLORIDA KINGSLEY

CONCESIONARIOS:

EMPRESAS REUNIDAS, S. A.
Paseo de Gracia, 56. :-: Barcelona

AL FIN, LA MUJER MÁS LOCA,
MÁS VANA Y ARROGANTE,
DE LAS BURLAS DEL AMOR
CONTRA GUSTO SUYO SALE
ENAMORADA Y RENDIDA

(Calderón de la Barca.)

—¡Oiga, central... oiga... al fin! Señorita, el 222... ¿Eres tú, Genoveva?... soy Nancy... oye... necesito hablarte, es asunto urgente, ven lijera á darme tus consejos. ¡Ay Vevita si supieras! Nada, nada... vuela aquí y verás por qué me muerdo de impaciencia.

En menos de cinco minutos Genoveva acudió á la llamada de Nancy. ¡Qué podía ocurrirle á su amiguita para que necesitase de ella con tanta prisa!

Al encontrarse frente á frente, Nancy se echó al cuello de Genoveva y la apretó contra su pecho con una nerviosidad característica en ella en las grandes ocasiones...

Genoveva dejó hacer á su amiga y la contempló en silencio...

Ambas eran jóvenes y dotadas de una belleza tan caprichosa como inspiradora de las más dulces ilusiones. Sin embargo, aunque la hermosura era la misma, los caracteres no tenían ninguna relación directa entre sí, toda vez que Nancy, bulliciosa, coqueta, sin voluntad definida, discrepaba con la seriedad y reflexión de Genoveva. Ello no obstante, eran como una medalla cuyo anverso se apoya sobre el reverso y vice-versa, necesitándose para formar un algo.

Luego que hubo abrazado á su amiga, Nancy soltó el freno de sus nervios y púsose á gesticular, presa de una pasión avasalladora por su enamorado.

—¡¡Estoy enamorada!!... No te rías, Genoveva, tú no puedes imaginarte quién es. Yo me vuelvo loca por él... ¡Qué hombre es éste, Geno...! ¡Y él me corresponde... no me digas que no!

—Si no me has dejado hablar desde que llegué, pero no es necesario; conozco tus arrebatos pasionales.

—Oh, te burlas... no respetas la tortura de mi alma. Yo le amo, sí; le amo y tú no debes dudarle.

—¿Pero á quién amas? ¡Cuenta tus cuifas de una vez!

—Tú conoces á Juanito Barrimore, ¿no es verdad?

—El artista mimado. Quién no lo conoce, hijita.

—Pues él es mi tormento. Estoy segura que me miró en el teatro; se fijó en mí, ¿lo oyes?, y me pareció que me sonreía. ¡Oh, yo le adoro!

Genoveva no pudo contener su risa ante la seriedad circunstancial de Nancy. Siguió una riñita y para convencer de una vez á su amiga de lo justificada que era la pasión que germinaba en su corazón por el célebre Juanito, Nancy tuvo una idea:

—Ya verás las fotografías tuyas que publican las Revistas de esta semana con motivo del nuevo estreno.

—Mira, Nancy; no seas chiquilla. ¿Qué manía es esa de pretender que los hombres son como juguetes que una escoje, compra y luego abandona porque ya perdieron todo el atractivo de las cosas nuevas? He consentido en muchas de tus excentricidades, pero me parece que ya es hora de enmendarse. Tu frivolidad puede perjudicarte más de lo que tú supones. Hablemos en serio: á Barrimore no le importas ni poco ni mucho é indudablemente no te ha visto nunca, ni hoy tampoco.

—Geno, que me enfado...

—No te ha mirado siquiera...

—Geno, ¡cállatel...

—Y á pesar de su pupularidad como artista, Juanito, como le llaman, no es guapo. ¡No te aplaudo el gusto, obcecada!

—¿Qué no es guapo?... ¡Qué entiendes tú de esas cosas, madre abadesa! Ahora verás su tipo, el secretario de papá irá á comprarme las Revistas.

Y Nancy salió del salón.

Este mutis de su amiga permitió á Genoveva respirar tranquilamente, recapacitando al mismo tiempo acerca del nuevo amorio de aquélla. «Bah, es así. Ya llegará el día que reconocerá que mis consejos no son baldíos, es todavía una chiquilla», musitó.

Entretanto, Nancy conversaba con Gustavo, joven tímido, de educación esmerada y trabajador consciente de sus deberes, exagerando inclusive sus obligaciones. Para Gustavo equivalía á una fortuna cualquier conversación con la señorita de la casa por la que alimentaba en el fondo de su ser un amor puro, una admiración profunda que no podría ser quizá jamás manifestada, por el temor de que la caprichosa niña se riese de su gafas oscuras y de su timidez. Todos los dardos con qué hería sus sentimientos la desconcertante coquetería de Nancy y sus incesantes flirts, por fortuna y casual coincidencia cortados por lo sano del mismo modo que habían sido empezados, eran olvidados como si se tratase de una cosa muy remota cuando ella le hablaba, y le decía, por ejemplo, «Gustavo, es usted muy bueno conmi-

go», «Muchas gracias por su amabilidad», «La agradezco su libro», ó le hacía remitir con la más absoluta confianza alguno que otro billete amoroso contestando á la declaración de uno de los admiradores de su ingenuidad pueril.

Nancy estaba tan acostumbrada ya á emplear á Gustavo á su servicio particular que no temía nunca herir su susceptibilidad confiándole sus cosillas. Abrir ella la boca era como una bendición para él.

Y, claro, aquel día como los anteriores, apenas Nancy hubo dicho lo que deseaba, Gustavo salió corriendo y volvió presto con buen número de Revistas de todas clases y para todos los gustos.

—Aquí tiene usted lo que deseaba, señorita. ¿Desea usted algo más?

—Gracias; es usted muy amable..

—Ya lo sabe, á sus órdenes; no tiene usted más que mandar.

Otra vez Nancy en el salón, se reanudó la interrumpida discusión referente al favorito de moda del teatro.

Poco pudo demostrar á su amiga la positiva elegancia del artista, pues la señora de Flavell, madre de Nancy, hizo su aparición anunciando á su hija la llegada de su prometido, el señor de Cadillac. Este nombre bastó para cortar el hilo de la ilusión que inundaba con un perfume exquisito el ámbito de aquel recinto.

El señor de Cadillac estaba prometido con Nancy por voluntad de la madre de ésta, que sólo buscaba en el matrimonio el medio para modificar la conducta intolerable en una señorita de su categoría.

Mas, Amor no acepta imposiciones y se rebela contra ellas con energía insospechada: Para colmo de desgracia. Cadillac era antipático a los ojos de Nancy y probablemente á los de los demás menos la señora de Flavell, pues es cosa sabida que en todo ha de haber la parte contraria. Por tal razón, la caprichosa tuvo una alegría enorme cuando su prometido «por la gracia de su madre» — su padre no intervenía en estos asuntos, haciendo lo cual obraba santamente — la informó que los Estados Unidos iban á aliarse con los defensores del Derecho y que era inminente una movilización parcial después del alistamiento de los voluntarios. Al preguntarle si él marcharía también con los voluntarios y al recibir una contestación evasiva, la alegría de Nancy trocóse en mayor grado de aversión hacia aquel hombre con corazón de cartón mojado.

Por comparación é instinto personal hubo de aplaudir la idea del sacrificio que Gustavo se imponía al entregarse por el honor de su bandera.

Cuando se despidió de ella, las únicas palabras que salieron, sin diapasón, de los labios de Nancy, fueron estas breves:

—No me había figurado eso en usted, Gustavo...

—¡Hay quizás tantas cosas que no se figura usted en mí! No olvide usted señorita, que, muchas veces, el que parece insignificante es tan capaz para las cosas más sublimes como el primero.

Nancy comprendió algo pero se desentendió: Gustavo era sólo un buen amigo. Este prosiguió:

—¿Guardaría usted, señorita, un recuerdo mío hasta mi regreso, si he de volver? ¿Si?... no sabe usted cuán feliz me hace; tome usted, es la insignia del voluntario: una bandera diminuta de seda. ¡Hasta la vuelta, y que tenga usted siempre mucha alegría, señorita!

—Que la suerte le acompañe, Gustavo.

Así fué como el fiel secretario á la vez del padre y de la hija, salió de aquella casa, cuya plaza le había sido prometida por el primero, para la vuelta, como premio á sus inapreciables méritos.

Pasó algún tiempo sin que los pajarillos se hubiesen fugado de la cabeza de Nancy. Esta ya no suspiraba por Juanito, el cómico; otro agraciado había ganado. ¡Sí! Bien podía decirse ganado, porque Nancy era como un premio de lotería que favorecía á quien le parecía mejor. El nuevo enamorado era un tenor que recojía laureles de gloria cada vez que se presentaba en los grandes salones. ¡Oh, qué corazón debía tener aquel hombre, según Nancy! Y Genoveva, muy á pesar suyo, veía que sus severas reconvenciones eran estériles como pregón en el desierto ó labrado en campo yermo.

Nancy no solamente no atendía las sinceras advertencias de Genoveva sino que se consideraba lo bastante capacitada para obrar según su conciencia (que por lo visto debía de ser muda ó poco menos).

En este estado de cosas ocurrió algo imprevisto. Cadillac, el pseudo prometido, (ciertamente no lo era porque la parte interesada no aceptaba el convenio yerno maternal) fué á poner al corriente á la familia de su novia de la

situación en que iba á encontrarse dentro de unos días. El Gobierno había dispuesto la incorporación á filas de los hombres que reuniesen las condiciones de edad y físicas necesarias para acudir en defensa de las naciones amigas. El había sido reconocido útil para las armas y debía marcharse en breve. ¿Qué había de hacerse en lo referente al matrimonio con Nancy? La señora de Flavell tuvo á bien disponer, no dudando la aquiescencia de su esposo, que el proyectado enlace se efectuara lo más rápidamente posible. Sin haber apenas consultado la novia, la unión fué proyectada para dos días después. La fatal noticia para Nancy, á pesar de todo temerosa del poder de sus padres por ser menor de edad, contrastó irónicamente con la vanidosa satisfacción del futuro yerno, que ya se veía en la gloria de unos brazos sin par y en la comodidad de la casa de sus «simpáticos» padres políticos.

Nancy y Genoveva se devanaban los sesos por encontrar un remedio para el terrible conflicto que se le había planteado á la primera. La hora se acercaba y nada hacía prever que Nancy no se casaría con el hombre que aborrecía. ¡Cómo iba á quererlo si ni siquiera creía en el amor ó deseo que ella hubiese podido despertar en él!

El día de la boda llegó. Los invitados, muy numerosos y distinguidos por cierto, hallábanse reunidos en el salón transformado en perfumada estancia para recibir al ciego Amor que debía unir ante Dios y los hombres á dos seres...

Nancy, con su amiga Genoveva, agobiadas

por la inminencia del terrible peligro, rodeada aquella de su corte de honor, esperaba el momento de aparecer en el salón así que llegase el pastor que había de celebrar la ceremonia.

En su virginal atavío Nancy estaba hermosa como nunca: su cara era puro nácar donde sus ojos como luces cegaban... Su alegría había dejado paso á las huellas de la resignación. Era como la novicia que abandona el locutorio para unirse en alma con el Señor.

Al hallarse frente al hombre á quien iba á ser entregada, una idea, como el rayo pasó fugaz por su mente. ¡Sí! Ella no se casaría: había acordado en aquel instante supremo de la banderita de seda del voluntario Gustavo. Y, ante la expectación general dijo, muy segura de sí misma:

—Perdonadme; yo no puedo casarme...

Una interrogación brotó en los labios de todos.

—Porque ya estoy casada.

—¿Qué dices, hija mía? preguntó la madre.

—¿Qué bromita es esa... con quién te casaste, Nancy?—la dijo el padre.

—Me casé con Gustavo la última vez que fui á verle al campamento. Hubiese guardado el secreto hasta su regreso á fin de que él os explicase, pero...

No concluyó... fingió desmayarse.

Y el pobre señor de Cadillac, sofocado, herido no de muerte, naturalmente, huyó de aquella casa donde, en lugar de una mujer bonita y buena vida, encontró una decepción escalfriante.

*
**

Después de aquél día Nancy fué considerada por todos como una mujer casada. Los pretendientes cursis habíanse escurrido. Por el contrario, los tenorios circunstanciales menudeaban á su alrededor. ¡Una casadita, tan mona, tan caprichosa, con el esposo á filas!...

Pero Nancy no cambió de conducta, y aunque ello pesare á su «estado» de casada, los flirts no eran interrumpidos más que para dar tiempo de buscar otro cuando plantaba á alguien.

El tenorino aquél hacía todavía de las suyas y llegó día que Nancy, presa de una emoción invencible, producida por la voz de aquel hombre, aceptó una entrevista en el estudio mismo del artista, que éste la solicitara para el caer de la tarde.

Genoveva enteróse del asunto y no dejó de aconsejar á su amiga como era debido.

—Tú no irás al estudio de ese farandulero,— la dijo.

—Yo iré porque ha dicho que cantaría para mí sola—contestó Nancy.

Ante la inflexible y absoluta voluntad de Nancy, Genoveva se propuso vigilarla é impedir la entrevista con el «ruiseñor con pantalones».

Mientras esto ocurría en la habitación de Nancy, la madre de ésta recibía un telegrama de su «yerno» Gustavo en el que anunciaba que llegaría aquella misma noche. La señora se alegró de la noticia que fué á comunicar á su hija, disimulando como pudo el alegrón que

la llegada de Gustavo la producía. Baste con decir que los padres de Nancy, lejos de hacerle reproches por su «casamiento» con Gustavo, habíanse felicitado inclusive interiormente por su buena elección, condenando únicamente la burla que había hecho á Cadillac no confesándole la verdad antes del día de la boda fracasada.

¡Ah, si Gustavo con su ejemplar conducta pudiera dominar á la intransigente chiquilla!

El regreso de Gustavo vendría á poner en claro la situación algo convencional de Nancy y ella serviría de motivo para reunir á las dos familias hasta entonces alejadas como si ningún vínculo las uniese.

Nancy leyó el parte sin inmutarse y contestó con muestras de felicidad:

—Llega esta noche; iré á recibirlo, mamá; me darás la autorización para que vaya á la estación á las nueve, ¿no es verdad?

La señora de Flavell repuso:

—Veo con satisfacción que empiezas á comprender tus deberes de esposa. Irás á recibirle, sí, hija mía, y nosotros te acompañaremos.

¡Cómo! ¿sus padres la acompañarían?...

No teniendo la intención de ir á recibir á Gustavo, pues el tenor la esperaría, Nancy tuvo que finjir, una vez más á su madre, el deseo de ir á recibir á su maridito sola para prepararle á entrevistarse con ellos. Logrado su propósito y una vez ausente la señora de Flavell, Nancy encargó á Genoveva fuese á la estación á esperar á Gustavo y le dijera que ella no había podido ir por estar ocupada.

A decir verdad, Gustavo no la preocupaba

porque le sabía fiel é incapaz de cualquier traición. En lo que no había caído era en la consecuencia que podía tener el haber comprometido, unido, el nombre de Gustavo al suyo delante de toda su familia y de la Sociedad entera.

Después del día de la boda no realizada, Nancy escribió á Gustavo una carta larguísima enterándole de todo lo ocurrido y rogándole no descubriese el ardid hasta que ella se lo indicara, claro, hasta que á ella le pareciese llegado el momento de sentar la cabeza cuando la razón la llamase al orden...

—«¡Si en lugar de casarme con el novio propuesto me he «casado» con usted, lo he hecho porque sabía que usted, tan bueno para esta chiquilla, no tendría inconveniente en prestarme su apoyo con tal de que yo fuese feliz. Cuando usted vuelva, como seguiré siendo su «esposa» veremos de arreglar este asunto á fin de que volvamos á ser libres, por lo menos delante de la sociedad. De este modo salvaremos nuestra situación equívoca y luego, como si nada hubiese ocurrido, ¿no es verdad?».

No fué Gustavo de la misma opinión y si volvió era gracias á su heroico comportamiento en el frente.

¿Con qué derecho se había permitido Nancy disponer de su nombre y por tanto de su vida?

La herida recibida al leer la carta de la caprichosa sanó dulcemente al compás de una esperanza íntima que le indicaba que confianza quiere decir también amistad, amistad simpatía y simpatía amor. ¿Por qué no podía él creer en una posible comunión de sentimientos?

Y tomó una determinación inquebrantable que pondría en práctica. ¡Ah! ¡Cómo le había transformado la guerra, la lucha cuerpo á cuerpo con el temor de perder la vida, henchidos los pulmones de pólvora, enfurecido el espíritu! ¡Y aquellos ejemplos de heroísmo de seres humildes, ignorados! Todos eran iguales con el uniforme; nada de distinciones, sólo la inteligencia y el arrojo que equivale al sacrificio merecían punto á parte. ¿No era esto hermoso, más bello que las miserias de una ciudad atiborrada de prejuicios é insensateces? Sí; Gustavo era otro; sus gafas ahumadas habían desaparecido pues sus ojos no se quemaban ya á la luz de la lámpara burócrata; sus pulmones se habían desencogido y la vida al aire libre los había fortalecido.

¿Y aquella timidez semejante á seminarista tirando para santo? ¡Oh, qué lejano estaba aquel tiempo! Entonces era un espíritu dormido que transigía con todo, con tal de que le dejasen vivir en paz y, en lo que se refería á Nancy, para que ella le sonriese... Todo, absolutamente todo ello había desaparecido durante la guerra, y sus ojos, al soltárseles la venda que los sumía en esa oscuridad morbosa veían claro, lo comprendían todo.

¿Quién iba á suponerlo así?

*
*
*

Conforme lo había anunciado, Gustavo llegó por la noche. Genoveva, que cumplió la promesa que hiciera á Nancy, no le supo reconocer entre el gentío que llegaba á la ciudad. Así

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



No me había figurado eso en usted, Gustavo.



Perdonadme; yo no puedo casarme. .

Escenas de

NO HAY JUEGOS CON EL AMOR

Protagonista:

Constance Talmadge

fué como Gustavo tuvo que dirigirse solito á la casa de su «cariñosa esposa».

Describir la sorpresa recibida por la señora de Flavell y su esposo, sería tarea difícil por poco que se quisiera demostrar la impresión producida en ellos por la elegante arrogancia del antiguo secretario.

La recepción fué, qué duda queda, brillante, digna de un yerno querido.

—Cómo ha cambiado usted, Gustavo... pero ¿si no es usted el mismo!—exclamó la señora de Flavell.

—¡Caramba! ¡Este es otro Gustavito!—gritó el esposo. —Te felicito, muchacho, y estoy orgulloso de que hayas sido tan voluntarioso y enérgico para ganarte esas estrellas de capitán y luchar contra tu constitución para regenerarla, transformarla; ¡Hurra!

Y, dando rienda suelta á su verdadera simpatía por su fiel secretario, el señor de Flavell le abrazaba con ternura de padre. Después de todo, ¿no era su hijo... político?

Gustavo correspondió agradecido á tales muestras de cariño, mas, ausioso por ver á Nancy, inquirió á sus padres sobre ella. ¿Por qué no había ido á esperarle?

La sorpresa de la señora de Flavell fué enorme. ¡Cómo! ¿Su hija había sido hasta capaz de renunciar á sus deberes de esposa? ¡Oh, aquello sería intolerable! Ante la excitación nerviosa de su «mamá política», Gustavo salió de la casa para buscar á Nancy...

Iba á franquear la verja del jardín cuando encontrése frente á Genoveva que regresaba después de sus vanas pesquisas por el anima-

do andén. Se excusó ella misma por su poco éxito, pues ¡quién iba á reconocerlo si había cambiado tanto!

—Pero ¿á dónde ha ido Nancy? preguntóle él.

—No se enfade usted, Gustavo... yo tenía el encargo de recibir á usted y explicarle cuanto ocurría... Nancy ha tenido que ir al estudio de Sanguinetti. Más tarde le dirá ella lo que tiene usted que hacer...

Gustavo perdió su serenidad al escuchar estas últimas palabras. Su amor propio se rebeló contra aquella coqueta casquivana. ¿Qué quería decir aquello... «más tarde le dirá ella lo que tiene que hacer»...? ¡Muy bonito, qué gracioso! ¿Era posible que se le tomase por un muñeco? ¿Podía él humillarse hasta el punto de perder la dignidad de hombre? ¡Conque ella, su «supuesta mujer» ante todos, se había reunido con un nuevo pretendiente, mientras él llegaba del frente y, además, le había anunciado que más tarde recibiría él, «el esposo» las órdenes necesarias para no descubrir su secreto! Ni los cañones gigantescos eran tan colosales como las insensateces de Nancy. Había motivo para pellizcar el cuerpo á fin de cerciorarse que no estaba soñando. De pronto, inguiéndose ante Genoveva, sin perder su afabilidad, la preguntó donde se hallaba el estudio del famoso mochuelo que no paraba mientes á su conciencia de hombre para comprometer á una chiquilla sin pizca de buen sentido.

Genoveva dióle la dirección que pedía y el bizarro militar salió bolando.

En el estudio de Sanguinetti ocurrían ciertas cosas imprevistas por Nancy. El mujeriego

bohemio, después de embabiecar con sus notas melifluas preñadas de un sentimentalismo aprendido de rutina que á pesar de todo, sabía llegar al corazón de las románticas, dejó á un lado la poesía y llamó á la realidad. La nueva conquista valía la pena y no había tiempo que perder para que el volcán de sus deseos hiciera erupción. Cuando la frívola é imprudente curiosa se dió cuenta del error en que había incurrido yendo al estudio de aquel hombre, era demasiado tarde: el fuego empezaba á arrasarlo todo, sin piedad para nada.

Nancy intentó huir, más fué en vano: la garra de la bestia la dominaba. ¿Qué hacer? Estaba perdida sin remedio, quiso gritar y no pudo pues un aliento sofocante la hizo cerrar instintivamente la boca. En aquellos instantes de muerte comprendió, de pleno la culpa de su conducta fatal. Apeló á todos los recursos para salvar su honor y llamó en su auxilio á todos los Santos haciéndoles las más imaginarias promesas, sin resultado. ¿Había llegado acaso el momento de expiar sus grandes pecados? Aquel hombre iba á vengarse de las burlas que ella había hecho á sus semejantes? ¡Oh, qué horror!

De improviso, como si hubiese querido justificar el dicho que una mano invisible nos salva de un peligro, en ocasiones desesperadas, alguien llegó a libertar á Nancy. Y ese fué Gustavo, ¡él mismo! Aquella escena ya se la había figurado desde el momento en que supo lo de la cita; por eso fué á buscar á Nancy. Esta, rendida por la crisis nerviosa de que fué presa durante la lucha con el villano, echóse al cuello del oficial para ponerse bajo su

protección. Al contemplarlo tan gallardo con aquel uniforme exclamó, sorprendida:

—¡Gustavo!! Qué cambiado ha vuelto usted!

—¡Muy cambiado!— contestó en tono seco. Y, encarándose con el canalla le hizo pasar por la ridiculez de ser vulgarmente vencido por la razón de los puños de un hombre de bien. A buen seguro que aquél debió encomendarse á Dios... por si acaso.

Una vez fuera del garito del sultán de la rianza, cuya cuerda vocal quizás había cortado la elocuencia de la lección de Gustavo, éste ordenó á su «esposa» subiese en su coche dando al «chauffeur» la dirección de su casa. Nancy, que dominada irresistiblemente por la ignorada energía de su buen secretario hábale seguido sin decir una palabra, protestó de que la quisiera llevar á su casa. Ella tenía la suya y por lo tanto no debía ir á otra. Entonces fué cuando Gustavo hizo la revelación de sus inquebrantables propósitos referentes á aquel lio del casamiento que ella, por un capricho cualquiera, había armado embrollando la madeja de tal manera que era imposible unir los cabos. Inflexible, severo, repuso:

—Te llevo á mi casa que es donde te pertenece estar. ¿No eres mi «mujer»? ¿No nos hemos casado por tu voluntad? Además, mamá tiene grandes deseos de conocerte y ya es hora de que la complazcamos.

—¡Oh! yo no voy!—dijo, alarmada, Nancy.

—Tú vienes y basta. He cambiado, tú me lo has confirmado. No soy el mismo de antes y ahora mando yo... como marido que soy. Más tarde arreglaremos este asunto.

Nancy comprendió que no debía insistir pues Gustavo estaba furioso. Y pensó para sí: ¿No era con razón que la condenaba por sus travesuras de niña? ¿No habíale puesto el nombre en peligro si la aventura del tenor se propalaba? Sí, sí, debía esperar que la tormenta pasara... luego el perdón... y como si nada.

La madre de Gustavo no encontró cambiado á su hijo. ¿Por qué los demás encontraban en él á otro hombre cuando ella no le notaba ninguna transformación? Qué importaba á la buena señora el físico de su hijo si su alma no sufría modificación alguna? Acaso sus besos no eran los mismos de antes, su ternura idéntica? Por qué, pues, decían que había cambiado?

Nancy recibió la más cordial bienvenida que hubiese podido desear la novia más exigente y, desde aquel instante, comenzó la farsa.

La madre de Gustavo les preparó la habitación para que se retiraran á descansar, que mucho debían desearlo después de tan larga separación...

Nancy temió por su reputación y negábase á obedecer á Gustavo, pero no le valieron sus súplicas y tuvo que seguirle. A la vista del lecho rebelóse contra su imperio pidiéndole agresiva la dejase telefonear á sus padres que no estaban casados. Gustavo se limitó á prevenir á éstos que había conducido á Nancy á su casa. Lo demás no le pareció oportuno al bravo capitán, el cual, como si se tratara de un mapa de estado mayor, había señalado punto por punto, en su cerebro, las posiciones

que había que conquistar para llegar á un resultado positivo. Y se contentó con decir á Nancy que aquella noche dormirían bajo el mismo techo. Sin darle mayores explicaciones la obligó á desnudarse, escurriéndose á la próxima habitación mientras ella eso hacía, y Nancy, presa de nuevo de un pavor indescribible, se arrojó al lecho, temiendo el inoportuno regreso de aquel «tirano», cubriéndose la cabeza con el embozo de la cama.

Gustavo regresó, en efecto; y se dispuso á desnudarse tranquilamente observando en un espejo las maniobras de la frívola arrepentida.

Nancy rogaba á la Virgen de los Milagros que aquel hombre que no llevaba trazas de respetar su pudor de doncella, no le resultase, por más motivos que tuviese de tomarse una venganza, como el otro de cuya infamia había la librado. De vez en vez, sacaba á flote la cabeza para observar los movimientos del enemigo y la hundía presto de nuevo imaginándose verle en cada instante en ¡traje de estío! ¿Sería capaz Gustavo de desnudarse allí?... ¿Se atrevería á reclamar la mitad del lecho «conyugal»? Unos escalofríos intermitentes sacudían todo el cuerpo de Nancy que, á no ser por el temblor que su crisis nerviosa la producía, hubiese puesto la voz en grito para pedir que la tragase la tierra.

El momento culminante llegó. Nancy tenía su cabecita al descubierto y vió como Gustavo se disponía á cambiarse el pantalón de calle por otro ¡de verano! Cual gusano que se hunde en la tierra, Nancy fué á parar de la cabecera de los pies de la cama... porque no pudo

ir más lejos... y Gustavo por su parte, sonriendo en su interior, con sus pantalones «íntimos» en la mano y los de calle puestos, desapareció de aquella cámara nupcial perfumada por el suave olor de aquellas ropas vaporosas, en desorden sobre una silla, y el cuerpecito de su dueña, para entregarse á Morfeo en la camita del otro cuarto, cerrando con sigilo la puerta.

¿Durmió Nancy aquella noche? Quién lo duda, y ¿por qué no? El gesto de Gustavo, en el que confiaba, la ponía á salvo de cualquier nuevo temor... ¿Soñó, acaso, con él? Todo es posible; con razón todos habían dicho que había cambiado. ¡Ya lo creo que sí!

*
**

El día siguiente presentóse festivo, engalanado con la belleza de una radiante mañana de Abril. En el jardín los pajarillos revoloteaban en torno de las flores para embriagarse con su perfume. Iban por pareja en sus correrías y su alegría parecía una bendición de Dios sobre la tierra y un ejemplo para los hombres.

Gustavo, levantado desde el alba para orear las ropas de la cama antes de hacerla él mismo á fin de que su madre no se apercibiese de la separación voluntaria de cuerpos del joven «matrimonio», dió con los nudillos en la puerta de la habitación de Nancy.

—¿Quién va?—preguntó ella sobresaltada.

—Soy yo, tu marido. ¿Se puede?

Antes de que hubiese concluido la pregunta,

Gustavo entró y Nancy volvió á sumergirse en aquel mullido océano.

—Son las 8; ya es hora de estar levantada. ¿Qué quieres para desayunarte?—preguntóle él siempre con el mismo tono serio.

—No quiero nada, le tengo horror á esta casa; quiero irme á la mía—gesticuló ella.

Poco después de esta escenita telefoneó Genoveva á Gustavo si se hallaba con él su amiga. En sus palabras, precipitadas é incongruentes, aquél adivinó el estado de ánimo por que pasaba aquélla al confirmarle que Nancy había pasado la noche... con él.

Un ciclón no hubiese llegado tan rápido como Genoveva acudió en su auto á salvar á su amiga.

Al encontrarse de nuevo, las dos mujeres se abrazaron con emoción, como suelen abrazarse los seres que, por la fuerza del destino, se han visto obligados á sacrificar su vida.

Amparando á la «desventurada» Nancy, Genoveva clavó sus ojos en los de Gustavo y le dijo cual una provocación:

—¿Ya sabe usted lo que ha hecho? Sé que la ha respetado usted como correspondía á un caballero, pero, y su reputación, ¿no ha pensado usted que la ha arruinado sin remedio?

—¡Ay, que desgraciada soy! gimió la culpable.

—No se alarmen ustedes—sentenció Gustavo—: Lo que ha ocurrido no ha sido culpa mía; Nancy lo ha querido, pues ¿no ha sido ella quien se ha casado conmigo? Era inevitable que llegara un día en que la coquetería y frivolidad de Nancy encontraran su castigo, un castigo ejemplar. ¿Consideran ustedes, acaso

correcto, de buen ver, que yo, el marido, consienta con los caprichos de mi mujer á riesgo de perder completamente mi buen nombre? Irse de paseo con un postinero aunque sólo sea para pasar el tiempo burlándose el uno del otro, ¿les parece á ustedes encantador para el «marido»? No señoras; yo he de hacer respetarme, exijo que no se me considere como un monigote del pim pam pum á quien la bola del jugador hace tambalear, ó caer, eso es más grave, cuando le viene en gusto.

—Pero no estando ustedes casados no es lógico que vivan, por lo menos ante la sociedad, como marido y mujer. Eso sería insensato— interrumpió Genoveva.

—Todo el mundo ha creído que nos hemos unido en el frente ya que Nancy tenía el consentimiento de sus padres firmado en otra ocasión que estos últimos la creían dispuesta á casarse con un rico industrial, á fin de tenerlo todo dispuesto para aprovechar la menor oportunidad para efectuar el enlace, que quizás lograría cambiarla. Por consiguiente sólo queda una solución: aguantar durante algún tiempo la vida que se nos prepara y luego gestionar el divorcio. Si se me reclamase la hoja de casamiento, que vayan á buscarla al frente si gustan. Con decir que el capellán murió en una contienda y que el registro pasó al enemigo, quedamos á salvo de toda preocupación.

—¿Y lo dice usted con esa frescura?...—explotó Nancy.

—No te creo tan falta de corazón para suponer que ni siquiera comprendes el sacrificio

que representa para mí el tener que figurar como marido tuyo, no siéndolo. ¡Ah! no hubiese hablado si tu conducta fuese otra, pero ya nada he de ocultarte; deseo que lo sepas de una vez: Nancy, yo te he adorado desde el primer día que mis ojos te vieron, tiempo hace ya. Mi adoración era silenciosa como la corriente del fondo de un riachuelo... me dejaba arrastrar en fa blandicie de una ilusión deliciosa y me desvivía por verte sonriente, feliz. ¡Cuántas veces he luchado contra mis fogosidades juveniles para no declararte mi amor!... Era preciso esperar que fueses más seria, que comprendieses mejor que el amor de un hombre no es cosa vulgar con la que una puede divertirse, sino algo muy por encima de todos los prejuicios de nuestra sociedad desequilibrada como tu juicio, que á todo se muestra hostil en menoscabo de tu propia regeneración. Pero también nosotros, los míseros humanos, tenemos amor propio y no nos humillamos ante el más poderoso porque por algo somos libres. Dios, que me está oyendo, sabe lo que vale el consentimiento a interpretar el papel que me has indicado en esta farsa. No me enfurecí contra tí y no hice nada para desenmarañar el lío que habías armado, porque no haciéndolo te libraba de una vida de infierno al lado del hombre con quien tus padres iban á casarte contra tu voluntad. De lo contrario, á fé de Gustavo que soy, hubiese gritado que no estábamos casados, que jamás se me había ocurrido semejante atrocidad, pues la mujer con quien yo me uniera no debería tener la cabeza de pajarillos como tú. En una palabra: ni car-

gada de oro me casaría contigo tal como eres...
He dicho.

Nancy atacada en su amor propio femenino, cosa tremenda, por las últimas palabras de Gustavo que en aquel momento habían hecho olvidar las del amor sincero que ella le inspiraba, se irritó sobremanera y colérica, crispando los dedos y rechinando los dientes, como fierecilla rabiosa, le dijo:

—¡Le odiao! ¡Oh, como le odiao!

—¿Sí?—prosiguió Gustavo—mira el caso que hago: voy á desayunarme... ¿ustedes gustan?

Y desapareció seguro de haber librado la batalla que serviría de base al buen desarrollo de su preconcebido plan.

Al quedar nuevamente solas, Genoveva cuyo instinto ya sabemos como era, tuvo una gran idea: miró á su amiga que seguía en su crisis extraordinaria y sonriente le confesó:

—Qué contenta estoy porque le odias y de que él, ni con todo el oro del mundo, no quiera casarse contigo!

Nancy abrió los ojos. ¿Por qué tanta alegría? Y vió como Genoveva juntaba las manos, miraba al cielo y murmuraba: «Qué contenta, qué contenta.»

—¿Tanto te alegras ante mi infortunio?—la dijo Nancy, inquieta...

—¡Sí, querida amiga; me gusta una barbaridad!

Entonces, recobrando su serenidad y recordando sus derechos de esposa, los mismos que los que su esposo hacía valer, Nancy repuso entre amagos de celos:

—Harás el favor de considerar que es mi «marido»... ¿lo entiendes?

••

Pasaron unos dias. Las familias de Nancy y Gustavo habían reconocido aquel matrimonio con inequívocas muestras de felicidad.

Los novios tuvieron que componérselas como pudieron para no incurrir en la más leve falta que pusiera al descubierto la tramoya.

Por si no fuese bastante penosa la situación en que ellos se hallaban, de por sí mismos, sus padres respectivos no desperdiciaban cualquier ocasión para que se expansionaran hasta delante de ellos si les cuadraba.

Quien con mayor tesón buscaba regocijarse en la contemplación de los tortolitos era el padre de Nancy.

—¿Qué tiene hoy tu mujercita, Gustavo, que ni siquiera os habéis abrazado desde hace cinco minutos?—decía á su yerno.—Si hace la gaita, es cosa que se puede consentir á las mujeres, si no arañan, pero si se enfurruña alguna vez, hay que saber correjirla. Ya lo sabes muchacho: si Nancy no se porta bien contigo, duro con ella... créeme... conozco el paño.

Como es de suponer estas cosas las decía el señor Flavell por puro pasatiempo y porque salía ganando cada vez unos buenos mimos de su hijita que le repetía, quizás con demasiada insistencia:

—Si nos queremos tanto, papá; cómo vas á suponer... Ay, que requeteprecioso es mi paño!

Luego, solos, la indiferencia de Gustavo la hacía tragar quina por litros.

Genoveva hizo tan buen papel en la nueva

farsa, de la que sólo ella estaba al corriente, que consiguió atraerse con la simpatía de Gustavo la envidia de Nancy, pues procuraba llevarlo siempre en su auto desde la ciudad hasta su casa de los alrededores y de ésta á aquélla.

¡Cómo iba Gustavo á rehusar tanta amabilidad, si se trataba de la amiga de su «mujer»!

Un día que Gustavo regresó en el auto conducido por Genoveva, Nancy, presa de una angustia y de grandes deseos de llorar, decidió acabar la comedia y marcharse á su casa arrojando todas las consecuencias de su aventura. ¡Qué infieles eran Genoveva y Gustavo! ¡Cómo se burlaban de ella y no se preocupaban por si sufría ó dejaba de sufrir! ¿Era para eso que aquel hombre había dicho que la adoraba tanto y cuanto? ¡Ah, falso, más que falso!

Cuando Gustavo entró en la habitación desde donde Nancy habíale visto llegar con Genoveva, aquélla le expuso en forma lacónica, con sobresaltos nerviosos en la voz, sus deseos de reunirse con sus padres para no ver las cosas que ocurrían en sus mismas narices.

Gustavo dió en el clavo, y sin dejar á un lado su inflexible rigidez en su trato con ella, adoptó un gesto y una voz más adecuados para contestarle que comprendía lo que la sucedía en aquellos instantes y que si quería marcharse que lo hiciera, pues él no se casaría con ella, aún amándola, mientras no tuviese una prueba convincente de su cambio radical de conducta.

Nancy, estaba descorazonada... ¿iba á perder el amor... el verdadero amor de su vida,

porque su pasado era tan frívolo? ¿Qué hacer para rescatar el bien perdido?

La madre de Gustavo andaba buscando por la casa de Nancy para hacerle un regalito, una delicadeza de madre, una prueba de esa ternura que sólo las mujeres que han llevado á otros seres en sus entrañas saben tener. Ello era un zapatito de lana de Gustavo cuando tenía pocos meses.

El zapatito iluminó el espíritu de Nancy, la cual, saltando de alegría, fué al encuentro de Gustavo. Este vió en los ojos de su «esposa» una llama nueva que brillaba hasta cegarla, y una esperanza cruzó por su mente.

—¿Qué quieres?...—preguntó él ansioso.

—Quería decirle algo sobre lo que he dicho antes... si... pero... me... da vergüenza, porque yo comprendo... si... lo comprendo todo... Mire usted, ¿quiere que se lo diga á la oreja?... Pues... Ay, Gustavo, no se ría usted de mí... Tenga piedad de esta pobrecita... ¿Ve?... ¿Ves como te hablo ahora?... ¿No oyes mi corazón?... Estaba ciega, Gustavo... ¡Qué tonta he sido de esperar tanto!...

—Nancy, adorada mía... ¿Qué dices?

—Mira, me dijiste que había de hacer algo que me regenerara por completo para merecerfe... Si tú quieres... ¡á la oreja nada más; no valen las trampas!... Si tú quieres... No te burles... nos volveremos á casar, de verdad, ¿eh?... y este zapatito que fué tuyo, lo... será... también... de...

—¡¡Oh, Nancy de mi vida!!...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas
Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas
Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas
Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal